

Hablemos de infancia, tiempo y experiencia. Una mirada desde Giorgio Agamben

Let's talk about childhood, time and experience. A look from Giorgio Agamben

María Fernanda Portal¹

Resumen

En este trabajo, un ejercicio de reflexión sobre la infancia, hemos partido de un diálogo con Giorgio Agamben, con el objeto de poner en relieve el asunto de la comprensión de la infancia y la relación que existe con la experiencia y el tiempo cuando hablamos de ella. La infancia necesariamente significa mucho más que un tiempo cronológico, ascensos o tropiezos evolutivos. Hablar sobre ella, pensarla, implica que nos hable, nos interpele y esto tiene que ver con la vida de quien habla y de quien escucha, del tiempo – circunstancia- en el que el lenguaje se trasmite y se apropia, otorgando sentido a la experiencia.

Palabras claves: infancia, Giorgio Agamben, experiencia, tiempo.

Abstract

In this work, an exercise in reflection on childhood, we have started from a dialogue with Giorgio Agamben, in order to highlight the issue of understanding childhood and the relationship that exists with experience and time when we talk about she. Childhood necessarily means much more than a chronological time, ascents or evolutionary stumbling blocks. Talking about it, thinking about it, implies that it speaks to us, questions us and this has to do with the life of the speaker and the listener, of the time - circumstance- in which the language is transmitted and appropriated, giving meaning to the experience.

Keywords: *childhood, Giorgio Agamben, experience, time.*

Recibido: 03/03//2019

Aceptado: 13/04/2019

Hablar sobre los niños, problematizar la infancia, significa mucho más que sostener una mirada retrospectiva, posicionarse en un lugar distante y ajeno de ella que la asume como una suerte de temporalidad que en algún momento de nuestras vidas, afortunadamente dejamos de ser. Hablar sobre los otros, los niños, la niñez, la infancia, comprender el asunto de lo que ella trata, implica obligatoriamente, un ejercicio de

¹ Profesora de psicología de la educación en la Universidad Central de Venezuela. Correo electrónico: marialaf@gmail.com

deconstrucción sobre los argumentos que la habitan -o que la invaden- y se pronuncian en la palabra de la adultez, aquella que vemos como antagónica a la infancia, el paso necesario para dejar atrás la inocencia, la ignorancia, la incompletud y poder *ser algo o alguien*.

En esta mirada intergeneracional, la del adulto hacia el niño, se atraviesa, casi que de manera natural (aunque en verdad es una manera adquirida), una intención disciplinaria y sujetadora, que lo único que alcanza a ver es la carencia del otro, su incompletud, su inmadurez, todo lo que le falta por *hacer y saber* para poder *ser* y en torno a esto gira el discurso que la amarra y hace su mayor esfuerzo por convertirla de una manera rápida y segura al mundo de la adultez, evitando a toda costa la posibilidad de la experiencia. Esta manera, en la que normativamente construimos a la infancia, habla de una relación artificial que ignora la diferencia de las singularidades para constituirse en la virtualidad de lo normal y en la creación de identidades artificiales. Partiendo de este supuesto, y entrando en diálogo con Agamben, es que pondremos en relieve el asunto de la comprensión de la infancia y la relación que existe con experiencia y el tiempo cuando hablamos de ella. La niñez necesariamente significa mucho más que tiempos cronológicos, ascensos o tropiezos evolutivos. Hablar sobre ella, pensarla, implica que nos hable, nos interpele y esto tiene que ver con la vida de quien habla y de quien escucha, del tiempo -circunstancia- en el que el leguaje se trasmite y se apropia, otorgando sentido a la experiencia.

A lo largo de mi camino como maestra del jardín de niños y de las investigaciones desarrolladas en torno al tema de la educación y de la infancia, particularmente me he topado con 3 niveles de comprensión relacionados a estos asuntos, muy particularmente con el de la infancia. Previamente, en otros escenarios, he mencionado la estrecha relación que, a mi parecer, hay entre ellos, pues el pensamiento pedagógico mantiene presente en su pensar y su actuar formativo a la infancia. En ella se enfoca, porque le interesa descubrirla, conocerla, comprenderla, educarla. Es así que afirmo que de nuestra idea de infancia depende nuestra idea de formación a la vez que la infancia que educamos depende de la formación que le otorguemos. Es en este sentido que los niveles de comprensión se han ido elevando a pensamientos que, aunque parecieran más abstractos, en realidad me han dado la oportunidad de dejar a un lado la simpleza del concepto y del método y vislumbrar el sentido auténtico que envuelven a la educación y muy especialmente a la infancia.

En un primer nivel se ubica la postura explicativa y metódica, una mirada simple y común en el imaginario colectivo. Desde aquí, aunque quizás no de manera consiente, pero si compasiva, la infancia es entendida como lo que ya mencioné antes, atajable. De esta manera nos apropiamos de definiciones y explicaciones sobre los niños, viéndolos como futuro, como la posibilidad de construir un sujeto que será, como una proyección. En este sentido, la formación del maestro se enmarca en un racionalismo instrumental que le permite objetivar al niño y manipular su actuación y su pensamiento, de tal manera que la proyección que hace de él se materialice en el futuro. La práctica educativa que caracteriza esta mirada se avala en teorías del desarrollo y el aprendizaje, métodos de enseñanza, explicaciones sobre el comportamiento humano, procesos psicológicos, estrategias conductuales, que sin darnos cuenta, estandarizan la idea de infancia, considerando que todos los niños actúan, piensan y aprenden de una misma manera. Lo

que se ven son *modelos* de niños, y en función de ellos se ve al resto, por igual, por encima o por debajo. Sin más, la infancia, desde este punto de vista y en palabras de Larrosa, no es otra cosa que el objeto de estudio de un conjunto de saberes considerados científicos, la presa de un conjunto de acciones técnicamente controladas, o el usuario de un conjunto de instituciones más o menos adaptadas a sus necesidades, a sus características o a sus demandas. El adulto *sabe* lo que son los niños, o al menos intenta saberlo, y de ello se vale para educarlos.²

Esta manera generalizada de abordar al otro, al niño, anula la posibilidad del ser particular, pone en duda la subjetividad *-el sí mismo-* y en consecuencia la identidad, queriendo así formarle una que sea común a todos, porque no sólo de amoldan la formas de aprendizaje, sino también los lenguajes, las formas de comportamiento, los conocimientos y las experiencias, terminando todo esto por ser artificial, y arrancando a la niñez de la infancia, despojándola de su lenguaje, de su identidad, de su circunstancia y de la posibilidad de la experiencia. La manera en la que tradicionalmente nos relacionamos con los niños nos lleva a hacer una construcción de ellos un tanto violenta, pues se suprime la diferencia de las singularidades del otro, es decir los niños, de cada niño, para constituir la virtualidad de lo normal, en identidades monolíticas. “La única subjetividad posible es la de gustar a otros, la de ser un objeto de la cultura”³. Si la norma nos envuelve y nos hace iguales, entonces se vuelve complejo salirnos de *si* (que ese si ya está deformado) y dejar que el otro, que nos altera porque ser diferente, tenga su espacio desde *si*.⁴ Es en torno a este planteamiento que se haya el problema de la educación, y también su solución.

En fin, esta primera idea de la infancia, y la cual hoy en día cuestiono con firmeza, es un camino fácil para abordarla, pues su andar es continuo, sin interrupciones más complejas que las *dificultades del desarrollo y el aprendizaje*, atajadas desde las múltiples disciplinas existentes que vuelven a encauzar el destino inexorable. Es el camino de la razón lógica del progreso hacia el futuro, comprendido éste como lo previsto, lo proyectado, lo planificado, que depende del saber y del poder.

En un segundo nivel de comprensión de la infancia, ponemos en cuestión, no sólo la práctica docente, sino todo el orden del discurso que gira en torno a la infancia y de la educación. Hay un desligamiento del asunto de la temporalidad, comenzando a ver a los niños más allá de su edad cronológica, sus características evolutivas y la predicción de sus maneras. Este sendero nos hace ver la infancia desde aquello que no somos, no porque dejamos de serlo en algún momento de nuestra vida, sino porque es nuevo y en consecuencia distinto a todo lo que ya sabemos. Logramos comprender que la infancia, en el sentido de Larrosa, es como *algo otro*, lo otro de nuestros saberes y de nuestro poder, que no puede ser sometido ni abarcado⁵. “Un niño es algo absolutamente nuevo (...) una posibilidad enigmática de que algo que no sabemos y que no nos pertenece

² Larrosa, Jorge. *Pedagogía Profana*. Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas, 2001.

³ Fuentes, S. "La filosofía de la infancia: acerca de la experiencia, el tiempo y el juego". *Memorias del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional: Repensar la niñez en el siglo XXI*. 2008. P.5

⁴ *Ibidem*.

⁵ Larrosa, Jorge. *Pedagogía profana: estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Noveduc Libros, 2000.

inaugure un nuevo inicio”⁶. Así, la infancia es en el momento, en el instante en el que está, no es una proyección del futuro, porque piensa, habla y actúa y en el tiempo presente y estas acciones deben ser atendidas por quienes nos encargamos de su educación.

Es por esta razón que los niños no se plantean metas en su andar constante por las cosas de la vida, porque su meta está en lo que pasa en el momento, en su juego, no en lo que vendrá después, en lo previamente pensado. A diferencia del adulto que camina en línea recta, los niños son distraídos en todo, caminan desacompañadamente, representan el instante en que viven, y esto no ocurre por inmadurez, ni porque aún no les hayamos enseñado determinadas formas, sino porque su relación con cada momento es una relación de intimidad y de intensidad representada en el juego y que tiene toda la posibilidad de experiencia.

Visto de esta manera, resulta difícil definir la infancia dentro de un límite cronológico y conceptual, porque no es posible saber lo que es concretamente, y ese no saber es el que enseña al maestro. Es decir, aprendemos de los niños, con cada uno de ellos, porque son distintos en todo sentido, en su pensar, en su actuar en su forma única y lúdica de entender el mundo. Lo que nos pasa es que, en lugar de aprender de ellos, nos empeñamos en enseñarles lo ya sabido. Los maestros hemos tenido que padecer muchas pedagogías y creencias que nos convenzan de que es eso lo que hay que transmitir a los niños, sin permitirnos cuestionar la pertinencia de estos saberes. Pero ahí están los niños, están para escucharlos y aprender de ellos y esa debería ser la más honesta tarea nuestra, saber escuchar atentamente.

Ahora bien, hablar del tercer nivel de comprensión no va a significar un abandono total del pensamiento anterior, ni mucho menos su crítica, sino la elevación de la idea de infancia a un nivel superior que tiene que ver con la experiencia, con el lenguaje, con el tiempo, y además con la no exclusividad de los niños. Es decir, aunque afirmo que la niñez es el estado más placentero de la infancia, porque los niños no se resisten, ahora afirmo que ésta además es una condición que es constitutiva del ser humano en cualquiera de sus estados. Con esto, lo que pretendo es revelar el sentido de la infancia, de acuerdo con Agamben, como potencia, como capacidad de acción y decisión, como posibilidad de experiencia de sí, como lenguaje. No como algo que se deja de ser por la necesidad de madurez, sino una duración que es permanente, y aquí cito a Skliar, “la duración del estar siendo niño. Todo lo que ocurre durante y que, quizá, pueda ser recordado y olvidado. Gerundio, no infinitivo.”⁷

Esta constitución de la infancia en el sujeto de experiencia no es tan fácil de comprender ni de asumir, porque escapa de la certeza del saber empírico, no es posible sujetarla ni enmarcarla en una definición concreta. No se consigue en el Larousse o en Wikipedia. La infancia de la que hablamos en este tercer nivel de comprensión es análoga a la experiencia⁸ y se halla justo en el lenguaje, en la narración de la historia. La infancia y la experiencia nacen y se hacen en el bosquejo de las palabras, en la apropiación de la

⁶ *Ibidem*. P. 169

⁷ Skliar, Carlos. La infancia, la niñez, las interrupciones. En *Childhood & Philosophy*, 2012. vol. 8, no 15.

⁸ Agamben, Giorgio. "Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia." *Infancia e historia* (2004): 5-91.

vida que se vive y así otorgan sentido a la identidad del individuo que narra su propia historia - aquí me estoy refiriendo a Sebastián Gerardo Fuentes, quien hace una interpretación interesante sobre este asunto.⁹

Para Agamben, la infancia representa una tierra fértil de la cual nace la historia de forma constante y, con ella, la posibilidad de la experiencia. La infancia, en términos del autor, tiene que ver con la *nuda vida*, con la diferencia entre el mero hecho de vivir que es común a todos -*zoé*- y la vida en sentido, en construcción de una subjetividad -*bios*- que hace la experiencia auténtica y real¹⁰. En este sentido, la infancia nos apunta a una experiencia que es pura, que sólo puede ser pensada desde el lenguaje con el que nos hacemos presente¹¹. Es en esta infancia donde se desencadena la posibilidad de la experiencia, donde la subjetividad comienza a constituirse en la relación con los otros, con el mundo, con uno mismo.¹² La experiencia es, sin más, del sujeto que la realiza, del lenguaje que la narra y la historia que la construye en la relación con los otros.

La vida cotidiana del sujeto moderno, que se dice adulto y se afirma maduro, es un simple ritual, una ilación de acontecimientos o hechos que ocurren durante los días, las semanas, los meses, los años, pero definitivamente no le ocurren a quien los ve pasar. Al transmitir la cultura del conocimiento, se le olvida su propia historia, si es que en algún momento la recordó, entonces no tiene nada que contar, porque en su vida no hubo experiencia; mientras que el que llega nuevo, el recién llegado, el que se abre, que no se resiste, se encuentra ansioso de narración, de lenguaje para poder hablar, decir-se él mismo y crear su propia subjetividad, porque de eso se trata, de que las palabras del que trasmite le sirvan al otro para hablar también, para re-contar e identificar-se. Si el transmisor no está, la palabra queda silenciada, la infancia queda despojada de identidad narrativa y termina recogiendo las migajas de experiencias, abundantes en la sociedad del consumo y el mercado de la felicidad que le forman una identidad artificial que apenas le sirve para refugiarse y sentirse parte de algo, así no lo sea.

La infancia es vida en sentido y la experiencia es darse cuenta de ese sentido a través del lenguaje. Sólo nos damos cuenta cuando nos narramos. La infancia en principio es muda hasta que halla una palabra que le da voz y le permite identificar-se. El movimiento lineal del mundo, el trabajo, el consumo, la manipulaciones mediáticas, la rutina, callan esa palabra, por costumbre, por enajenación o por falta de sentido e intentan a toda costa mantenerla en silencio, abrumándola con el éxtasis de una felicidad líquida que tiene poco sabor, pero que en el imaginario colectivo se cree que tiene sentido mantenerla. La infancia del sujeto de la experiencia es cuerpo y palabra que se muestra y dice, así sea cubierto de objetos extraños y oprimida por el ruido de la superficialidad que intenta alejarla cada vez más del mundo natural.

⁹ Fuentes, S. "La filosofía de la infancia: acerca de la experiencia, el tiempo y el juego". *Memorias del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional: Repensar la niñez en el siglo XXI*. 2008.

¹⁰ Agamben, Giorgio. "Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia." *Infancia e historia* (2004): 5-91.

¹¹ Cornago, O. Experiencia y actuación, infancia e historia. De Rodrigo García a Giorgio Agamben. *Álvarez Barrientos, J. et alii, En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo, Madrid, C SIC*, 2009, p. 1057.

¹² Fuentes, S. "La filosofía de la infancia: acerca de la experiencia, el tiempo y el juego". *Memorias del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional: Repensar la niñez en el siglo XXI*. 2008.

La experiencia de la infancia a la que nos referimos tiene su correlato en la palabra. Ella se fundamenta en lo in-experimentable, no puede ser verificado ni legitimado por otra cosa más que por el sentido de lo narrado que nos muestra algo verdadero, que es distinto a la verdad absoluta. Lo que caracteriza al mundo tradicional e irreflexivo, es el exceso de confianza en la información presentada en esquemas explicativos por encima de las razones de la experiencia de aquellos que nos hablan (tiene más valor buscar la receta de la torta de pan en recetarios.com y publicar el producto en Instagram que volver al modo de mi mamá y compartirla en la mesa). Lo moderno desconfía en todo lo que respecta a la experiencia, tal como es tradicionalmente entendida, pues ahora ella es prefabricada y otorgada a los sujetos como enlatados para el consumo masivo. La experiencia ha dejado de habitar la vida del hombre y se ha ubicado afuera, volviéndose ajena y a la vez universal, certificada científicamente y dosificada para todos por igual. Es así que pasa de ser incierta a ser predecible y calculable, justamente lo opuesto a lo que nos plantea Agamben:

“La experiencia es incompatible con la certeza y una experiencia convertida en calculable y cierta pierde inmediatamente su autoridad. No se puede formular una máxima ni contar una historia allí donde rige la ley científica”

Es la experiencia la que da cabida al lenguaje, otorgándole vida. En esta relación experiencia-lenguaje, vida-relato es donde se haya la posibilidad de la infancia¹³. Ella se hace con el lenguaje, el individuo mismo se hace con el lenguaje, crea historia, forma su identidad y hace cultura desde la experiencia auténtica y luego es capaz de transmitir al otro y recibir de él que hace lo mismo pero de forma distinta. Quizás sea comprensible la costumbre que tenemos de no escuchar a los niños, sino callarlos para hablarles, porque la historia de ellos es más corta que la nuestra, y su lenguaje menos estructurado, esto por tiempo de vida, lo que no terminamos de comprender es que esta historia corta es radicalmente distinta y nueva y para que sea experiencia y pueda volver a ser contada por otro, debe ser narrada por ellos mismos. La infancia hace experiencia de si y de los otros de una forma natural, experiencia en diálogo narrativo, en la afirmación de la vida, en la alteridad, de encuentro con la singularidades¹⁴. Y el lenguaje que nace de esa experiencia es una no-definición, un no-saber que se resiste al poder del saber, es una identidad que se construye en el relato de un *sí mismo* puesto en relación con otro *sí mismo*.

Este nivel de comprensión del que hablamos aquí hoy lo que pretende es un acercamiento a la infancia desde la experiencia y viceversa, pues ambas constituyen al sujeto desde el lenguaje y le otorgan sentido a su vida. Todo sujeto de experiencia se constituye de infancia, porque posee un modo de vivir que atraviesa el silencio de lo normalizado y le permite relatarse para formar su subjetividad, su *sí mismo*, asume la infancia apartándose del mundo de lo *adulto* y abordando algo que lo excede, le otorga sentido, lo hace verdadero y se apropia de él. Y esto es un estado permanente del sujeto, es decir, no se deja de ser en ningún momento infancia, y se pasa, como una página, a otro estado de formalismos y normas, sino que a pesar de ese estado perturbador, la infancia sale a flote para darle un sentido bello a la vida de quien vive. Como ya dije

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem*

antes, la duración del estar siendo niño. Todo lo que ocurre durante y que, quizá, pueda ser recordado y olvidado. Gerundio, no infinitivo.¹⁵

Referencias bibliográficas

AGAMBEN, Giorgio. "Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia." *Infancia e historia* (2004): 5-91.

CORNAGO, O. Experiencia y actuación, infancia e historia. De Rodrigo García a Giorgio Agamben. *Álvarez Barrientos, J. et alii, En buena compañía. Estudios en honor de Luciano García Lorenzo, Madrid, C SIC, 2009, p. 1057.*

FUENTES, S. "La filosofía de la infancia: acerca de la experiencia, el tiempo y el juego". *Memorias del X Congreso Nacional y II Congreso Internacional: Repensar la niñez en el siglo XXI. 2008. P.5*

LARROSA, Jorge. *Pedagogía Profana*. Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas, 2001.

SKLIAR, Carlos. La infancia, la niñez, las interrupciones. En *Childhood & Philosophy*, 2012. vol. 8, no 15.

¹⁵ Skliar, Carlos. La infancia, la niñez, las interrupciones. En *Childhood & Philosophy*, 2012. vol. 8, no 15.